

EL DESTINO DE UN MONSTRUO

Escrito por **Silvia Baños**, alumna del 1.4.

Ganadora del **primer premio** del Festival Juvenil de Teatro Clásico de Gijón

CAPÍTULO I: Un cruel capricho de los dioses

El misterioso azul grisáceo del cielo me inquieta desde hace ya algún tiempo. Parece que las pequeñas hojas de los arbustos que me rodean sienten lo mismo que yo, pues incluso una ligera brisa las estremece. Noto algo extraño en el ambiente, lo que me hace pensar que no se avecina nada bueno, que algo terrible se acerca lenta pero inexorablemente. Al fin y al cabo, esta es una idea que siempre he tenido presente, es decir, siempre he sabido que mi historia no iba a acabar bien. ¿Cómo iba a hacerlo con el desastroso principio que tuvo?

Supongo que incluso mi nacimiento fue un error de los dioses y, sobre todo, del que considero mi padre, aunque no lo sea exactamente. Todo comenzó cuando el dios de los mares le pidió a mi padre, Minos, el rey de Creta, que sacrificara a un precioso toro blanco para honrarle. Minos le prometió que lo haría, pero esto es muy común en él: promete pero casi nunca cumple, y siguiendo su patrón, escondió al excepcional toro entre su rebaño y sacrificó a otro que consideraba menos bello en su lugar. Poseidón, como lógicamente cabía esperar, descubrió el engaño y castigó severamente a mi padre a través de su mujer, Pasífae, la que es mi madre. Hizo que ésta se enamorara incondicionalmente del hermoso toro de cuerpo blanco y, a raíz de ello, mi madre yació con él y, desgraciadamente, yo fui el resultado de aquella relación. Un hombre con cabeza de toro, incapaz de articular algo que no sean sonidos guturales, pero sí de pensar como una persona, capaz de sentir y de ser consciente de su terrible condición. Nada más cruel se le podría haber ocurrido al señor de las aguas.

No sé muy bien si por suerte o por desgracia, Minos no me sacrificó al nacer y me adoptó como si él mismo me hubiera fecundado. Siempre he pensado que más que por cariño hacia mí, fue por un insidioso sentimiento de culpabilidad y responsabilidad ante una catástrofe que él mismo había originado. La verdad es que mi infancia fue relativamente feliz, en el palacio de mis padres, los reyes de Creta, quienes me cuidaron como si yo no fuera realmente un monstruo. Pero rápidamente comencé a crecer y hacerme más fuerte. Me di cuenta que muchas veces era incapaz de controlar mis instintos animales, y sigo sin poder hacerlo. Es una gran tortura, pues cuando me ocurre no soy consciente de mi crueldad y fiereza, simplemente actúo como un animal salvaje, y después no recuerdo nada de lo ocurrido, pero sí tengo por seguro que he causado un enorme daño a las personas que me rodean. Durante mis primeros años, sorprendentemente, no me hizo falta alimentarme y la comida de los humanos ni siquiera me gustaba. Pero llegó un punto, cuando tenía alrededor de 9 años, en el que un hambre atroz me consumía. Mis padres no sabían cómo solucionarlo, a pesar de que intentaron saciarme con todos los tipos de alimentos existentes. A causa del hambre, me volví aún más fiero e incontrolable y comencé a ver a las personas como simples presas. Entonces fue cuando me percaté de lo que me ocurría: sólo podría saciarme con carne humana. Ésta es la mayor tortura con la que los dioses me hacen sufrir, ya que soy consciente de que tengo que acabar con vidas humanas para poder seguir con la mía. Por ello, los cretenses comenzaron a temerme y se rebelaron contra mi padre, que defendía mi libertad y mi vida. Finalmente, Minos tuvo que acceder a encerrarme en un laberinto impenetrable del que jamás podré salir, diseñado por un ingenioso artesano al que creo conocen por Dédalo.

Mi condición de monstruo unida a la necesidad de matar personas para poder sobrevivir y a mi reclutamiento permanente en este lugar enloquecedor me consumen poco a poco. A veces incluso desearía no estar en este mundo, pero soy demasiado cobarde como para llevar a cabo un plan que permitiera el descanso de mis padres y de todas esas gentes de Atenas, de donde provienen los jóvenes que sacian mi hambre por un acuerdo político que firmó mi padre con el rey de Atenas dada su derrota en una guerra que no olvidarán nunca.

Recordar mi historia me entristece profundamente, pues soy consciente de que mi futuro no mejorará aquí dentro, cautivo. Pero supongo que debo aceptar que yo no nací para ser feliz, ni para tener un final heroico. Simplemente soy algo que no tendría que haber existido; soy un cruel capricho de los dioses.

CAPÍTULO II: La decisión de un héroe

La rabia por la injusticia que sufre mi pueblo desde hace casi veintisiete años me corroe por dentro, y por ello he decidido terminar con ella de una vez por todas. Voy a presentarme voluntario para ser uno de los catorce jóvenes atenienses, siete muchachos y siete doncellas, que deben servir cada nueve años como alimento al monstruo cautivo en el laberinto de Dédalo, en Creta. Me llamo Teseo y voy a matar al Minotauro. Acabaré con el horror al que está sometida mi ciudad. Soy consciente del peligro de esta empresa, pero me considero capaz de realizar este viaje. Si no es así, y fallo en mi misión, habré luchado por la vida de mis vecinos y la mía propia y mi muerte habrá merecido la pena.

Algunos días más tarde...

Esta tarde todos los elegidos para servir como alimento al Minotauro hemos sido presentados ante el rey de Creta. Conocer a Minos, el mismo hombre que nos condena a mí y a mis compañeros a la muerte, me infunde aún más coraje. Siento un enorme deseo por acabar con la criatura que ya ha asesinado a otros dos grupos de jóvenes atenienses... veintiocho vidas perdidas piden venganza y yo voy a concedérsela.

Algo más me ha infundido valor esta tarde en el palacio real, y han sido, sorprendentemente, los profundos ojos de una joven realmente hermosa, la hija del rey Minos. Sentí como se fijaba en mí mientras su padre nos observaba, y leí en su mirada que quería ayudarme sinceramente.

Justo antes de que nos llevaran a la sala donde pasaríamos nuestra última noche antes de morir engullidos por la horrible criatura, los guardias de palacio se despistaron durante un momento. Entonces supe que era mi oportunidad para hablar con ella... y me acerqué sigilosamente a donde se encontraba. Bastaron unas palabras para comprender que la necesitaba en mi vida, y supe que podría confiar en ella a pesar de que fuera la hija de mi enemigo. Por ello, le revelé mi plan de acabar con el monstruo. En ese momento, se quedó en silencio y palideció notablemente, para después suplicarme que no lo hiciera, que escapara con ella de allí. Finalmente comprendió que aquel era mi destino, y que debía hacerlo, pero me prometió que no me dejaría hacerlo solo, que me ayudaría como fuera. En ese preciso instante escuché las pisadas de los guardias acercándose por el pasillo, y corrí hacia mis compañeros. Mire atrás y vi como Ariadna - ese es su nombre - se despedía de mí con su mirada tan azul... y sentí una fuerza que nunca antes nada me había infundido. Quizás sólo la haya visto durante unas horas y hablado durante escasos minutos, pero siento que los dioses le han dado un lugar especial en mi futuro. Espero volver a verla antes de enfrentarme a mi incierto destino.

CAPÍTULO III: Amor, espada e hilo

No he podido conciliar el sueño sabiendo que, por culpa de mi padre, catorce jóvenes de mi misma edad van a morir en unas horas. No me importa que sean enemigos de nuestra ciudad, el derecho a la vida no entiende de política ni de guerras. Le he suplicado desesperadamente que les deje libres, pero parece tenerle un cariño inexplicable al monstruo que tiene encerrado en ese laberinto y no va a dejarle morir de hambre. Debería confesar además que la idea de que el joven Teseo, al cual conocí ayer, muera, se me hace insostenible. Nunca había visto unos ojos como los suyos, tan llenos de valentía y fiereza, pero tan dulces y esperanzadores a la vez. No podría soportar que no sobreviviera, aunque suene ridículo teniendo en cuenta que no hablé más de tres minutos con él. Este sentimiento me ha llevado a robar una de las preciadas espadas de mi padre para entregársela a Teseo antes de que entre al laberinto, y así darle una oportunidad para matar al Minotauro. Además, he ideado una forma por la cual pueda salir del laberinto si tiene éxito en su misión: le daré un rollo de hilo para que ate un extremo a la entrada del laberinto y otro a su cinturón, de modo que el hilo le guiará después hasta la salida y podrá volver, si sobrevive, a casa. ¡Oh dioses, os ruego ayudéis a Teseo en esta peligrosa hazaña y le traigáis de vuelta conmigo!

Un par de horas después...

El sentimiento de duda y preocupación me recorre las venas como si de sangre se tratara, pues mientras yo estoy esperando en la salida del laberinto, más nerviosa que nunca, Teseo lo está recorriendo para

encontrar al Minotauro e intentar, con todas sus fuerzas, acabar con él. Creo que lo conseguirá, o puede ser que sólo quiera crearlo, porque en esta última hora me he dado cuenta de que le amo. Al menos creo que es amor, ya que nunca antes había experimentado esta sensación, tan cálida, tan inesperada, tan incontrolable...

Antes de que Teseo se introdujera en el lugar que decidiría su destino, tuvimos unos minutos para hablar a solas gracias a que la tradición, creada por mi padre, permite a los jóvenes un tiempo para orar a los dioses por última vez y despedirse de las personas que deseen. Me prometió, y estoy segura de que lo hizo de corazón, que tendría cuidado y que si salía de ese laberinto, nos marcharíamos juntos de esta maldita isla, lejos de mi padre y de cualquiera que nos pudiera hacer daño. Vi en sus ojos castaños una sinceridad clara, pura, transparente, que me asegura que lo que más quiere es volver a mi lado. Y yo le juré también que le ayudaría a conseguirlo, así que con gran sutileza le entregué la espada de mi padre, afilada, lista para defender a cualquiera que la empuñara con decisión, y le expliqué mi plan del hilo mientras le ataba al cinturón uno de los extremos del rollo. Nadie jamás volverá a hacer un nudo tan firme como ese, apuesto por ello. Y también aseguro que nadie podrá ser más valiente como lo es hoy Teseo. Teseo... supongo que pronto encontrará a la bestia hambrienta y se enfrentará a ella; me recorren escalofríos al pensar en ello. Jamás había sentido un miedo semejante, sólo espero que haya ayudado en algo a Teseo, y que éste consiga su objetivo. Si no es así... creó que moriré con él. En mi mente hay ahora sólo tres palabras, que parecen grabadas a fuego: amor, espada e hilo.

CAPÍTULO IV: Eterno descanso

Según la tradición, hoy, calculo que en unos pocos minutos, me traerán catorce jóvenes que me servirán para saciar el hambre durante nueve años. Formular esta frase me resulta extremadamente difícil, ya que significa que voy a tener que matar a personas para poder sobrevivir. Seguramente si tuviera más valor del que poseo, acabaría con mi vida antes que con las de esos jóvenes que pronto llegarán, pero creo que ya he dejado claro antes que me considero un cobarde, un esclavo de mi propio destino. Lo extraño es que siento que el día no terminará como se espera, si no que algo se avecina. Como hace unos días, un sentimiento de que algo terrible va a acontecer me consume. Es esa brisa fría que me hiela los pies, son esas nubes grisáceas que parecen crear un espeso telón para la función que estoy seguro dentro de muy poco va a comenzar.

Huelo carne humana. También miedo. Es un olor inconfundible, incluso puedo escuchar la sangre palpitando en los corazones asustados de esos muchachos. Quizás pueda controlarme, no hacerles daño... ¡Illuso! Ya noto como el animal que llevo dentro despierta, hambriento. Pero, ¿qué es eso que percibo? No puede ser. Creo que es valor, furia, ¿venganza? Unos pasos largos y firmes se acercan rápidamente hacia mí y me doy cuenta de que alguien desea inquebrantablemente acabar con mi vida. Pero, pensándolo mejor, ¿no es esto lo que llevo buscando desde hace tanto tiempo? Me refiero al descanso. Suena un tanto tétrico, pero quizás la muerte pueda ofrecérmelo. Quizás termine con mi desgracia, con mis intentos desesperados por no sacar a esta bestia salvaje que vive en mi interior, con la preocupación de mis padres y el horror de los habitantes de Atenas. Puede ser que la muerte me dé paz.

Antes incluso de decidir si realmente quiero morir, me doy cuenta de que un chico muy joven, alto y fornido, se encuentra a unos metros de mí empuñando con gran determinación la que parece una espada muy afilada. Está tan cerca que puedo mirarle directamente a los ojos... y sentir que él es el ejecutor de mi destino, que este es mi final. Sin pensarlo, rápida y firmemente, dando por supuesto que yo le atacaré, me atraviesa con la espada. Noto un dolor intenso por un segundo, pero al siguiente ya no noto nada. Me recorre una sensación de lo que creo es libertad. La vista se me nubla... lo último que alcanzo a ver es cómo el muchacho se para por un momento a mirarme, en señal de despedida, y cómo busca algo en su cinturón. Supongo que lo ha encontrado porque se marcha corriendo por donde apareció sujetando su espada unos momentos atrás, gritando exaltado un nombre muy dulce que parece pertenecer a una mujer... aunque ya no le oigo muy bien.

Los ojos se me han cerrado y estoy tumbado en el suelo. Ya nada me duele, ni siquiera pienso en el daño que yo he causado. Creo que es la primera vez en mi vida que siento alivio, que siento paz. Al final, la muerte no ha sido tan mala opción y sé que mi alma encontrará un sitio mejor junto a los dioses. Yo mismo he encontrado mi lugar en este laberinto que ahora parece desvanecerse bajo el cielo nublado, ofreciéndome descanso para siempre. No experimento contrariedad ante la conclusión de esta vida cruel,

que no me ha tratado bien. Al contrario, me siento feliz, finalmente realizado al haber hallado mi destino... el destino de un monstruo.